

1º CONGRESO LATINOAMERICANO DE TEORÍA SOCIAL

MESA nº 15: “Lectura, reconstrucción y formulación de teorías sociales: cuestiones metodológicas de la investigación en/sobre teoría”

TÍTULO DE LA PONENCIA: “OPERACIONES Y PROCEDIMIENTOS DE CONSTRUCCIÓN TEÓRICA: PRESENTACIÓN PRELIMINAR DE UN INSTRUMENTO DE ANÁLISIS”

AUTORES: *Javier Cristiano; Esteban Torres; Juan Pablo Gonnet; Francisco Abril; Víctor Guzmán; Ana Lázzaro* (CIECS-Conicet, UNC)

MAILS DE CONTACTO: javier.cristiano.m@gmail.com; esteban.tc@gmail.com

RESUMEN: ¿Cómo se construyen, o cómo se han construido en el pasado, teorías sociales capaces de constituirse en puntos de referencia de la sociología y campos afines? Esta pregunta, de múltiples abordajes posibles, no ha tenido una presencia significativa en la tradición sociológica, no por lo menos una a la altura de su importancia. O bien se remite directamente a cuestiones epistemológicas, centradas casi siempre en problemas de validez, o bien se resuelve en una suerte de principio de inspiración, que reduce todo a la excepcionalidad de unos autores cuyos *modus operandi* permanecen en la oscuridad. La intención de esta ponencia es bosquejar un abordaje alternativo de la cuestión, centrado en la investigación de operaciones y procedimientos de construcción, tal como pueden indagarse a partir de los textos de autores representativos. En la estela de otros intentos de dar espesor metodológico a la “lectura de teoría”, proponemos un esquema de siete ejes destinado a comprender las decisiones y estrategias que sostienen la consistencia de un esquema teórico. Además de un medio de análisis lo concebimos como un instrumento al servicio de la creatividad conceptual, pues ofrece una guía abierta para la producción de nueva teoría. Adicionalmente lo pensamos como un instrumento de interés pedagógico, pues invita a reflexionar sobre problemas concretos de la enseñanza en teoría sociológica.

Hace un par de años más o menos iniciamos en nuestro equipo una ronda de discusión sobre cuestiones metodológicas del trabajo teórico. La inquietud fue al principio genérica y bastante vaga pero se fue ordenando en torno a una pregunta que es la que traemos a esta mesa y la que

hemos convertido también en tema de una investigación colectiva¹: ¿cómo se construye una teoría social? ¿Cuáles son los *modus operandi* de autores y tradiciones relevantes del campo, que están detrás de sus decisiones constructivas y por ende detrás de la consistencia, originalidad y aceptabilidad que esas teorías han conseguido? En otras palabras: ¿qué hacen en concreto quienes hacen teoría y la hacen bien, o por lo menos legítimamente en términos de campo y en términos de consolidación histórica?

Se trata de una pregunta difícil porque nos pone demasiado cerca de las modalidades deconstructivas que están a su vez tan cerca del abandono de la teoría sociológica tal como la hemos conocido desde la modernidad. Mirar de cerca esas formas de construcción nos puede conducir más a la destrucción que al aprendizaje de la construcción. Y ese es un riesgo que asumimos pero que queremos explícitamente evitar. Pero también la pregunta es difícil porque nos obliga a una forma de leer teoría que no es la habitual, que tiene que fabricar sus propias estrategias y que tiene que hacerlo en términos genéricos, como formas de lectura que puedan servir no para un autor o para una tradición, sino para sopesar autores y tradiciones, para apreciar diferencias y modalidades que son singulares y que tienen en la singularidad precisamente su riqueza.

Lo que proponemos en esta ponencia es justamente un pequeño y todavía rudimentario esquema de lectura de teorías sociales en esa dirección. Consiste en identificar *operaciones* y *procedimientos* de construcción a partir de las huellas que esas operaciones y procedimientos dejan en los textos. Suponemos que en la lectura sistemática de los corpus teóricos es posible detectar rastros de decisiones fundamentales y modos de plasmar esas decisiones (a esto nos referimos con los términos “operaciones” y “procedimientos”), que en su conjunto constituyen *regímenes de construcción* diferenciables que conforman estilos y modalidades alternativos de elaboración teórica. Partimos del supuesto de que la riqueza de la tradición sociológica pasa también por estas diferencias, que en general ha sido poco exploradas y cuyo análisis tiene al menos un triple interés: constituye una forma específica de reconstruir la historia; ofrece una guía concreta, y creemos que importante, para los esfuerzos de construir nueva teoría; tiene, finalmente, posibles implicancias pedagógicas, pues nos invita a replantearnos las preguntas de por qué, para qué y cómo la enseñanza de teoría social.

¹ “Estrategias de construcción en teoría sociológica: estudio comparativo y elaboración de una plataforma orientadora del análisis, la producción y la enseñanza”. Presentado como Proyecto de Investigación Plurianual (PIP) en Conicet: en proceso de evaluación.

Algunos antecedentes

La pregunta que formulamos nos pone en relación con al menos cuatro ámbitos de discusión de los que queremos diferenciar nuestra propuesta pero que a su vez la alimentan en aspectos particulares. El primero es el de los discursos explícitos de los propios autores sobre sus modos de proceder. Dependiendo de quien se trate los encontramos más o menos dispersos en sus escritos y son, también dependiendo del caso, más o menos abarcativos respecto de su efectivo proceder, y más o menos confiables respecto del grado en que lo reflejan. Unos pocos ejemplos a modo de ilustración se pueden encontrar en las primeras páginas de *El sentido práctico* (en donde Bourdieu recuerda las largas horas dedicadas con A. Sayak para tratar de encontrar la lógica de las prácticas desde una perspectiva que en ese momento se reveló como inadecuada, dando lugar a la idea de sentido práctico), en diferentes puntos de *Perfiles político-filosóficos* de Habermas, que permiten apreciar el vínculo no sólo teórico sino político e institucional con obras y autores que son retomados en sus textos más sistemáticos, o lo breves comentarios sobre la colaboración con Kluckhorn y Samuel Staufer que Parsons introduce también al principio de *Hacia una teoría general de la acción*. También forman parte de este grupo los textos más específicamente metodológicos de los autores como, en el caso de Bourdieu, las reflexiones sobre el papel de la teoría en *El oficio...* o, en Parsons, el capítulo inicial de *La estructura de la acción social*.

Haciendo la salvedad de que estos momentos de las obras justifican ampliamente una investigación sistemática, parece claro que se trata de episodios en general muy puntuales y, dado su frecuente carácter de auto legitimación epistémica o metodológica, difícilmente representativos del hacer efectivo del autor, o difícilmente abarcativos de su totalidad. Las operaciones y procedimientos de los que hablamos, además, y los regímenes de construcción consecuentes, no son necesariamente estrategias conscientes de los autores, por lo que difícilmente podrían hacerlos plenamente explícitos. En suma, estos importantes episodios de la literatura sociológica no pueden tomarse más que como indicio de algo que los trasciende, en general ampliamente, aunque su interés y su valor es indiscutible.

El segundo ámbito de discusión es el de la sociología de la ciencia, sociología de la sociología y áreas afines. Al preguntarnos por lo que se hace cuando se hace teoría invocamos siempre el vínculo entre teoría y sociedad, entre prácticas y discursos o entre condiciones y productos, deslizándonos hacia un fenómeno que las propias teorías tematizan y por tanto hacia los problemas de la reflexividad sociológica. Respecto de este amplio terreno nuestra propuesta puede considerarse distinta pero potencialmente complementaria, pues si bien no

nos centramos en el análisis de las condiciones de producción de la teoría el análisis del discurso teórico que proponemos puede perfectamente conectarse con esas condiciones en una perspectiva más amplia. Así, veremos que uno de nuestros ejes de análisis se refiere al modo en que una propuesta teórica se inscribe en tradiciones o contextos de discusión, tal como esa relación puede identificarse en los textos, y ello es perfectamente complementario, por lo menos a priori y desde el punto de vista lógico (otra cosa es la resolución metodológica de cómo hacerlo), con un análisis de los contextos institucionales, las estructuras de poder y las formas de circulación de la comunicación del contexto de que se trate.

El tercer campo es el de la filosofía de la ciencia, que ha abordado desde su propia lógica la pregunta por la construcción de teoría, de muchas maneras entre las que podemos recordar, a modo de ejemplo, las discusiones en torno a la inducción, las menos conocidas, pero especialmente importantes en nuestro contexto, sobre la “abducción” (expresión empleada por Ch. Peirce para referirse a la operación lógica de creación de hipótesis, a su juicio la única de las formas de razonamiento que implica novedad), sobre los programas de investigación, sus núcleos duros o sus hipótesis auxiliares, los paradigmas de Kuhn y sus derivaciones posteriores, etcétera. Este amplio escenario de discusiones tiene obviamente mucho interés para nuestra pregunta, en parte porque acompañan la propia producción teórica como marco de referencia más o menos explícito, y en parte porque constituyen análisis de teorías científicas, de su estructuración interna y de su lógica de validación. La diferencia de nuestro enfoque viene dada sin embargo por el acento y por la especificidad. El acento porque en general el discurso de la epistemología se ha constituido en los términos predominantes de una evaluación de la aceptabilidad, más que de una descripción de modalidades, estilos y procedimientos. La especificidad porque en general son discursos referidos a la teoría o a la ciencia de manera general y mucho menos, salvo excepciones, a la teoría sociológica en particular, lo que ha acarreado el tantas veces señalado sesgo de lectura procedente de lógicas de construcción que son propias de otros ámbitos del conocimiento. Dicho esto, es evidente que no podemos soslayar por lo menos algunas y las más importantes de esas discusiones, que como se verá retomamos en algunos de los ejes de nuestro análisis.

El cuarto ámbito, el más importante por ser el más cercano a nuestra empresa, se inscribe en la propia tradición sociológica y lo constituyen un grupo de propuestas que han intentado dar forma más rigurosa y sistemática de la habitual a la actividad de leer y analizar teorías. Nos referimos a los conocidos trabajos de Nisbet (1996), Ritzer (1990; 2001), Alexander (1982; 1988; 1992) y al menos conocido de Irene Vasilachis (1997), que por esa cercanía con nuestra propuesta creemos importante retomar con más detenimiento. De todos

ellos podemos aprender cosas, pero ninguno ofrece un instrumento de análisis ya elaborado y acorde a nuestros propios objetivos.

En su clásico *La formación del pensamiento sociológico* Nisbet propuso la noción de “ideas-elementos” de la teoría sociológica, una suerte de categoría en el sentido kantiano donde las operaciones de intelección de los autores y tradiciones, desde la observación de hechos hasta las intuiciones y los conceptos explícitos, se ordenarían en una continuidad. En opinión de Nisbet esas ideas-elementos serían cinco, cada una con un par antitético (comunidad/sociedad, autoridad/poder, status/clase, sacralidad/secularidad, alienación/progreso) y podría ordenarse con ellas, como de hecho lo hace Nisbet en el libro, el conjunto de la tradición clásica de la sociología. Sin necesidad de discutir la factura de la lectura de los clásicos que esta tesis general le permite, y sin abordar tampoco el difícil problema de cómo justificar que sean esas y sólo esas las categorías fundamentales, es evidente que el interés de Nisbet reside en afirmar la clave identitaria de un discurso disciplinario que en el momento de publicarse el libro mostraba signos de resquebrajamiento claros y por ende claros problemas de legitimación. Basta con quitar del medio ese interés de campo para desdibujar también el interés de su propuesta, por lo menos para una intención como la nuestra de interpretar cómo se construyen teorías sociales.

Los trabajos de G. Ritzer sobre metateoría también tiene intención legitimadora, en este caso de un tipo de trabajo específicamente teórico que, por lo menos en algunos contextos (y el nuestro seguramente debería incluirse) necesita precisamente hacerse un lugar. La metateoría es definida por Ritzer como “el estudio empírico de la teoría” (afirmación que apenas oculta la intención de congraciarse con lo que se supone una auténtica investigación), diferenciándose distintos tipos de trabajo metateórico que incluyen al que se hace para comprender mejor el pasado teórico, al que se hace como preludeo para nuevas construcciones y el que se hace como paso previo a la construcción aditiva de teorías más generales. El instrumento concreto del primer tipo, que para Ritzer implica lógicamente a los otros dos, es la noción de “arquitectura subyacente”, por lo que entiende una estructura tácita de las teorías que puede identificarse en otras y que puede funcionar por ende como medio de comparación. Así, por ejemplo, una de las arquitecturas es la que puede entresacarse de Marx, Weber y Simmel, que encierra entre otros los elementos de la antropología filosófica (supuestos acerca del hombre y su naturaleza), los procesos de institucionalización por los que la genericidad se convierte en socialidad, la pérdida de control de las estructuras que emergen del pensamiento y la acción individual (reificación), entre otros. Más abajo veremos que hacemos uso también nosotros de una idea de “arquitectura” teórica, y de hecho compartimos con Ritzer el interés

de elaborar un instrumento de lectura que permita ordenar la complejidad de distintas teorías, eventualmente también con un interés comparativo. La pregunta que deja abierta su análisis es fundamentalmente metodológica, pues no queda claro cómo ha procedido el propio Ritzer para llegar a la conclusión de que la idea de “reificación” es común a los tres autores, ni tampoco por qué excluye del análisis aspectos que desde su propia perspectiva serían relevantes en esos mismos autores, ni tampoco por qué interpreta de una manera tan singular algunas afirmaciones que tienen una extensa tradición de interpretación, de la que Ritzer además se desentiende. Para postular la existencia de una arquitectura subyacente se requieren instrumentos de análisis mucho mejor depurados, capaces de generar por lo menos un principio de validez intersubjetiva. Por lo demás, y de cara a nuestros objetivos, esta arquitectura alude simplemente a elementos comunes a diferentes teorías, y no se refiere en ningún sentido específico a los problemas constructivos.

La propuesta de Alexander de un continuo de componentes de la teoría, que va desde sus aspectos metafísicos, en un extremo, hasta la observación de hechos empíricos en el otro, es sin duda más rigurosa que la de Ritzer, resultando sus aplicaciones también más convincentes. Alexander propuso con ello un análisis de la teoría como un fenómeno multidimensional, compuesto por niveles de abstracción que es necesario diferenciar para captar mejor su naturaleza, para identificar sus puntos fuertes y débiles y para situar en el nivel adecuado los intercambios con otros planteos. Así, desde el extremo metafísico hacia el empírico, las teorías incluyen componentes tan diferentes como las orientaciones ideológicas, los modelos, los conceptos, las definiciones, las clasificaciones, las leyes, las correlaciones, los supuestos metodológicos y las observaciones, siendo evidente que no todas abarcan todos los niveles, y siendo indudable el interés organizarlas dentro de ellos para mejor comprenderlas. La propuesta de Alexander es para nosotros importante e inspiradora, aunque por un lado parece un modelo excesivamente rígido y exterior -en una línea parecida a lo que decíamos más arriba de la filosofía de la ciencia- y por otro pareciera que toda teoría debe organizar su continuo en atención a esos niveles y no a otros. En otras palabras, que esos y sólo esos son los peldaños de abstracción de una construcción teórica, y que no es el caso por ejemplo que cada teoría organice sus niveles de abstracción de acuerdo con una lógica propia. Además, como veremos, está claro que si se trata de leer teoría desde el punto de vista de su lógica constructiva, estos elementos no abarcan de ninguna manera el conjunto de lo relevante y observable de una teoría.

Irene Vasilachis propuso en su momento un modelo de lectura regulada de teorías sociológicas orientado a captar los “paradigmas subyacentes”, entendidos como orientaciones

generales de investigación. Distinguió para eso un nivel teórico y uno empírico, ubicando en el primero la “cosmovisión filosófica” del autor del caso, los métodos a través de los cuales accede a la realidad, y los conceptos concretos que adopta en el proceso; en el segundo plano analiza el contexto de tiempo y espacio en el que se inscribe la obra, el “compromiso existencial” del autor y los fenómenos sociales específicos que hace objeto de sus análisis. En “El pensamiento de Habermas a la luz de una metodología propuesta de acceso a la teoría sociológica” (Vasilachis, 1997) se puede apreciar el rendimiento de esta estrategia en la determinación del paradigma subyacente a la *Teoría de la acción comunicativa*, rendimiento que si bien no es descollante es significativo desde el punto de vista de los intereses de la autora. Desde nuestra perspectiva particular es evidente que estas variables de acceso al discurso teórico son en algunos casos poco pertinentes, y que en general comparten la misma vaguedad que apreciamos en las propuestas de Ritzer y Alexander, pues parece dejar demasiado librado al arte interpretativo del lector y reducirse en consecuencia a un esquema organizativo de temas importantes, que por lo demás no queda claro por qué agotan, si es que agotan, la lista de los posibles.

Hacemos notar para terminar este apartado que no abundan en el campo este tipo de trabajos. Hemos dejado cosas de lado, obviamente, pero no parece que sea mucho lo que queda fuera de consideración. Y ello es indicio de una vacancia temática y metodológica que en sí misma merece destacarse.

El instrumento

Hay tres características que asumimos como premisa en la construcción de nuestro propio instrumento: (a) la lista de elementos que se propone analizar (lo que vamos a llamar a continuación “ejes de lectura”) no pretende ser exhaustiva, y no por un problema de dificultad sino porque la exhaustividad no es el objetivo: implicaría cerrar de antemano el horizonte de las operaciones y procedimientos de construcción, y si hay algo que nos interesa rescatar es justamente la productividad de la tradición sociológica en esta perspectiva; (b) por lo mismo, lo que ocurre al interior de cada uno de los ejes no puede ni debe cerrarse tampoco, pues cada uno de ellos admite formas de trabajo diferenciadas que nos interesa precisamente identificar y comprender, más que encasillar; (c) los ejes de lectura no tienen el sentido de tareas que “inevitablemente *deben* resolverse”, haciendo del instrumento un medio de evaluación y crítica; ni el silencio de un autor respecto de uno de los ejes, ni la primacía, respecto del

interés, de uno en detrimento de otro, es materia de un juicio valorativo -o por lo menos no es el sentido de lo que buscamos. Las tres premisas pueden resumirse en la idea de flexibilidad y apertura: pensamos en un instrumento flexible y abierto, y ello diferencia el sentido global de nuestra propuesta de las cuatro que analizamos en el apartado anterior.

Provisionalmente son siete nuestros ejes de análisis, que describimos brevemente a continuación, indicando en cada caso algunos posibles indicadores, y algunas ilustraciones.

Eje nº 1: operaciones y procedimientos referidos al nivel de teorización. Las teorías sociológicas tienen distintos niveles de articulación, de acuerdo con la mayor o menor proximidad de sus componentes respecto del mundo empírico. Retomamos con esto lo esencial de la propuesta de Alexander, afirmando que puede establecerse un continuo que va desde las afirmaciones sobre hechos empíricos hasta las definiciones metafísicas u ontológicas del nivel más abstracto. Nuestra hipótesis es que un conjunto particular de operaciones y procedimientos puede reunirse precisamente en torno a la decisión de ubicarse en uno u otro de estos niveles, privilegiar unos en detrimento de otros, y articularlos entre sí de una u otra manera. Como indicadores para el análisis tomamos por ejemplo elementos como los siguientes: (a) el modo en que una teoría diferencia expresamente sus propios niveles de articulación, y el modo en que esos niveles pueden inferirse aún cuando no sean explícitos; (b) la proximidad de la estructura conceptual que cada una propone respecto de los hechos empíricos afirmados como tales; (c) el grado de abstracción que tienen sus conceptos y categorías principales (por lo que entendemos concretamente el volumen y la diversidad de fenómenos empíricos que pretende abarcar con sus nociones fundamentales); (d) las referencias a problemas, autores y tradiciones de inscripción tradicionalmente filosófica, en materia metafísica, ontológica y gnoseológica, ya sean referencias explícitas o indirectas.

A modo de ilustración somera puede recordarse el trabajo de P. Bourdieu, particularmente rico respecto de este eje porque sus trabajos se inscriben en varios puntos del continuo al mismo tiempo, habiendo además un trabajo explícito de articulación entre ellos y una tematización también bastante directa respecto de su naturaleza. Así, por ejemplo, los múltiples pasajes en los que entabla una relación polémica con la filosofía y con sus problemas (escolasticismo, etcétera), el desprecio de los excesos antropológicos u ontológicos como tareas que no le competen a la teoría y a la ciencia social, la asunción de posiciones epistemológicas concretas respecto de la naturaleza de los conceptos (la defensa de los conceptos como “postes indicadores”), de su relación con el trabajo empírico, etcétera. Si se contrasta mentalmente de manera rápida estas asunciones con las que caracteriza por ejemplo

a la obra de A. Schütz, se tendrá una idea aproximada de la importancia de este eje para diferenciar estrategias constructivas singularmente distintas; comprendemos mejor a cada propuesta mediante ese análisis, y puestos a tomar nosotros mismos decisiones de construcción advertimos el abismo que media entre seguir una estrategia o la otra.

Eje nº 2: Operaciones y procedimientos referidos a la matriz temporal de la teorización. Partimos aquí del supuesto de que las conceptualizaciones de lo social asumen relaciones diferentes con la temporalidad, que transcurre en un eje imaginario que va desde la abstracción intemporal -por ejemplo la descripción de la naturaleza de lo social “como tal”, que tenemos en autores como Castoriadis y, en una orientación filosófica contrapuesta, en Parsons- hasta la descripción de procesos empíricos irreductiblemente singulares. Hay, sostenemos entonces, operaciones y procedimientos de construcción que se refieren a la ubicación en este eje imaginario y a su modalidad, y pensamos en indicadores textuales como los siguientes: (a) los registros temporales que resultan dominantes en una teorización (por ejemplo la larga o la corta duración a que hacen referencia sus análisis: pensemos en la tesis de la racionalización occidental de Max Weber, pero también en la conexión causal específica que postula entre el cisma del cristianismo y la metodización de la vida económica; pensemos, además, en las llamadas “teorías de la diferenciación funcional” en sus diferentes versiones o, volviendo a Bourdieu, en el proceso de constitución del campo literario en el contexto de Flaubert); (b) la elaboración de nociones destinadas de manera directa al análisis de la dimensión temporal: podemos pensar en conceptos como “ciclo”, “coyuntura”, “secuencia”, “duración”, “punto de inflexión” o “trayectoria”; (c) las imágenes globales de la temporalidad que propone cada teorización (por ejemplo la imagen lineal o no lineal, la imagen de la unidad o la multiplicidad de los procesos, el énfasis en la contingencia o en las lógicas discernibles de transformación); (d) el modo en que se elabora, de manera explícita o no, el problema de la generalización de la teoría más allá de sus condiciones particulares de formulación (desde la explícita auto inhibición histórica hasta la pretensión de validez universal, ambos como puntos extremos típico ideales).

Eje nº 3: Operaciones y procedimientos referidos al vínculo entre actividad teórica, actividad práctica y contexto. Una de las paradojas que caracterizan a la actividad teórica sobre lo social se refiere a su carácter al mismo tiempo interno y externo respecto del objeto, y a su necesidad consiguiente de gestionar la tensión entre su carácter de sistema experto y práctica social. Nuestro tercer eje de análisis recoge las operaciones y procedimientos mediante las

cuales se efectúa esa gestión, incluyendo inicialmente indicadores como los siguientes: (a) la presencia, más o menos explícita, y más o menos estrechamente asociada a las formulaciones teóricas principales, de problemáticas sociales y procesos históricos de referencia, desde la conexión abierta con la agenda sociopolítica hasta el borramiento de referencias contextuales: piénsese, por ejemplo, en el significativo silencio contextual que predomina en una obra como la de Parsons -piénsese en esto como operación y como procedimiento- y, en contrapartida, en la explícita referencia de Honneth a procesos sociales e históricos concretos que lo hacen retomar las tareas de la teoría crítica desde otra perspectiva; (b) la incorporación o no de conocimientos producidos por otros sistemas, instituciones o actores, el modo en que se elabora esa incorporación y la manera en que se asimila a la construcción teórica (pensemos por ejemplo en el uso que hace Manuel Castells de las informaciones técnicas elaboradas por organismos internacionales, y contrastémoslo con el empleo que hace Bourdieu de estadísticas oficiales en *La distinción* y esto a su vez con las notificaciones burocráticas de las instituciones y el lugar que ocupan en algunos análisis de Garfinkel); (c) las tematizaciones explícitas de la naturaleza del conocimiento “experto”, de las formas del conocimiento “práctico”, y de sus relaciones (podemos recorrer aquí un espectro que va desde los análisis clásicos de Schütz acerca de la naturaleza de la racionalidad en su forma práctica y las modalidades de su captación por y para la investigación sociológica, hasta las airadas denuncias de Bourdieu o de la etnometodología contra de las implicancias de mirar las prácticas “desde lejos y desde arriba” como si se tratase de un teatro); (d) las elaboraciones más o menos explícitas acerca de las implicancias ético políticas de la teoría sociológica -el espectro de operaciones y procedimientos es aquí tan amplio y tan variado que no se justifican ejemplos puntuales.

Eje nº 4: Operaciones y procedimientos referidos a la composición de la teoría. La idea de teoría parece presuponer más o menos inevitablemente la de forma o estructura, por lo que las operaciones y procedimientos “arquitectónicos” constituyen un eje de nuestro análisis. Distinguimos inicialmente en este punto los *componentes* y la *estructura* de la teoría, incluyendo entre los primeros (los componentes o elementos) a los conceptos, las proposiciones y los razonamientos, y dentro de la segunda (la estructura) las modalidades en que se elabora la relación entre los componentes. Se entiende por lo tanto que el uso que hacemos de la palabra “arquitectura” es claramente distinto del que hace Ritzer, y que se aproxima más a los análisis epistemológicos de la teoría del tipo de los que se efectúan por ejemplo cuando se habla de “deducción” o de “estructura de un paradigma” de investigación.

Como indicadores básicos y generales de este eje, singularmente complejo precisamente por tocar problemas lógicos y epistemológicos de larga tradición, son aquí: (a) las formas de elaborar la significación de los conceptos: más o menos implícitas o explícitas, estrategias definicionales diferentes, etcétera; (b) los niveles de significación de los conceptos (transparentes u opacos, superficiales o profundos); las continuidades o rupturas respecto de valencias previas del concepto; (c) la naturaleza y la forma de los razonamientos que justifican afirmaciones y relaciones (argumentos más o menos explícitos, regímenes de fundamentación de decisiones y exclusiones, etcétera); (c) la estructuración formal general de la teoría: carácter más o menos explícito y argumentado de las relaciones entre componentes, la forma lógica de la relación entre los componentes (implicación, deducción, yuxtaposición, etcétera).

Tomemos, de nuevo de manera somera, una teoría específica para ilustrar este eje, en este caso la de A. Schütz. La definición de los conceptos parece ser en primer término uno de los aspectos vitales de la construcción de Schütz, en sintonía con el lugar que la precisión ocupa en la tradición fenomenológica. Así, por ejemplo, la reconstrucción al mismo tiempo crítica y propositiva que hace de la noción de *acción con sentido* de Max Weber se basa de manera sustantiva -esto es: resulta aceptable fundamentalmente por- la elaboración estricta de distinciones conceptuales. A su vez, es muy frecuente que Schütz remita de manera directa a la definición que otros autores han hecho de conceptos concretos (predominantemente a E. Husserl), y que base sus propios argumentos en el supuesto de la justeza de esas otras definiciones (que el lector riguroso inevitablemente tiene que reconstruir). Entre los elementos distintivos de la estructura de razonamiento de Schütz se encuentra la también fenomenológicamente inspirada argumentación a través de párrafos, que van desarrollando una unidad por adición, abigarrada en su forma lógica e imposible de desmembrar sin pérdida de sentido (esto es lo que define por lo menos a su única obra sistemática publicada en vida, *La construcción significativa del mundo social*). Lo caracteriza además una significativa completitud argumentativa, esto es, el carácter notablemente explícito de cadenas de razonamientos que avanzan por pasos. Basten estos mínimos esbozos (de lo que podría ser el análisis de la obra a partir de este eje en particular) para advertir la insondable diferencia de estrategias y procedimientos que caracteriza a obras como las de Garfinkel, Luhmann o Giddens, tres ejemplos virtualmente opuestos a Schütz en cada uno de los elementos que acabamos de ilustrar (Giddens: conceptos que parecen remitir a autores y tradiciones que no se mencionan expresamente; cadenas argumentales implícitas, que el lector no tiene más remedio que tratar de reconstruir por su propia cuenta; etcétera).

Eje nº 5. Operaciones y procedimientos referidos a la conexión con tradiciones y perspectivas. Las teorías sociológicas entablan siempre relaciones con tradiciones, autores y perspectivas que las precedieron en el tiempo, y lo que trata de hacer este eje es precisamente identificar las maneras en que se tramita esa relación, que es un aspecto clave en la construcción de legitimidades, amén de fuente de producción de sentidos teóricos a partir de los significados y reminiscencias que las apropiaciones llevan consigo. Algunos posibles indicadores textuales son aquí: (a) las modalidades del intercambio con otras tradiciones, que va desde la inscripción explícita en una perspectiva (relación de pertenencia sistemática a un programa de investigación previamente delineado) hasta la auto presentación como discurso inaugural o de ruptura, con toda su gama intermedia; (b) la lógica de la asimilación o de la ruptura respecto de otras tradiciones: las formas concretas que adopta la continuidad o el distanciamiento con otras orientaciones, autores o perspectivas (puede pensarse por ejemplo en la diferencia entre la asimilación que Honneth hace de la primera y la segunda teoría crítica, y la que hace, también en términos de asimilación y continuidad, Luhmann respecto de Parsons); (c) la naturaleza de aquello con lo que se establece la relación: autores, nociones particulares, perspectivas teóricas generales, tradiciones de pensamiento (tomando los mismos ejemplos: fidelidad relativa a la teoría crítica interpretada como “legado” en el caso de Honneth; asunción de Parsons como ejemplo que enseña por sus fracasos, en el caso de Luhmann); (d) el régimen de suposiciones e implicancias que conllevan esas adscripciones teóricas: aquellos elementos de la teoría que se dan por descontados por el hecho de ubicarse en unas determinadas coordenadas (Honneth: el valor de la tradición hegeliana en detrimento de la kantiana); etcétera.

Eje nº 6. Operaciones y procedimientos referidos a la escritura. El lenguaje es la materia de la que una teoría está hecha, de modo que es solo analítica la diferencia que puede establecerse entre este eje y los anteriores. Nos referimos aquí sin embargo, y puntualmente, a los estilos y tácticas de escritura, que son ampliamente variables en la tradición sociológica y que sostienen, cada una a su modo, la aceptabilidad de las propuestas. También en este eje nos topamos con problemas sustantivos, pues hay numerosas disciplinas especializadas que ofrecen herramientas para el análisis específicamente lingüístico (lingüística, semiótica, análisis del discurso, teoría de la argumentación). Inicialmente, no obstante, distinguimos aquí tres grupos de indicadores, a partir de la distinción que puede hacerse entre la función *persuasiva* del lenguaje, su función *analítica* y su función *expresiva*. Cada “código escritural”

estaría compuesto por formas cambiantes y combinadas de diferentes estilos persuasivos, , analíticos y expresivos. La función persuasiva estaría en este contexto relacionada con el recurso del convencer, así como la dimensión política, en un sentido muy amplio, y efectista de la escritura teórica. El análisis de la función *analítica* se refiere a la lógica del esclarecimiento, mientras que la función *expresiva* se asocia con el orden estético y poético de la escritura teórica, apuntando a recursos orientados a conmover o afectar emocionalmente. Algunos indicadores iniciales de este amplio dominio son: en el caso de la función persuasiva, el carácter polémico o consensual que predomina en un estilo teórico (de nuevo sirven como ejemplos de contrapunto aquí Bourdieu y Schütz: agresividad agonal como centro de la argumentación, en el primero, y diálogo apasible en el segundo); la explicitación o no de posiciones ético políticas del autor; el grado de claridad o de opacidad de sus argumentaciones. En el caso de la función analítica, nos interesan variables como el tipo de argumentación, las modalidades de subjetivación o desubjetivación (uso de la primera o de la tercera persona, voz pasiva, etcétera); los modos de referenciar otros discursos; el papel que desempeñan las imágenes (piénsese por ejemplo en los cuadros de Habermas en *Teoría de la acción comunicativa*: reúnen niveles de abstracción cruzada de un modo que resulta muchas veces casi imposible de comprender con precisión, pero cumplen una función extraña y compleja en el marco de la argumentación en la que se insertan). Las teorías sociológicas también hacen uso de la emotividad, lo que abre el análisis a fenómenos como: la mayor o menor formalidad de la escritura, la presencia de metáforas, el uso del humor, la ironía y otras formas retóricas, etcétera (Bourdieu es un exquisito empleador de ironías; Goffman un teórico dado al humor; la metáfora tiene un papel indudable y notablemente importante en numerosas tradiciones teóricas, desde el “*Überbau*” marxiano hasta la “fluidificación comunicativa del mundo de la vida”).

Eje nº 7. Operaciones y procedimientos referidos a la innovación teórica. El supuesto del que parte este eje es que toda teoría en algún sentido relevante lo es en la medida en que opera un efecto de innovación respecto del estado previo del campo. Esa innovación puede tener grados diversos (solo innovación, ruptura, “revolución”) pero parece difícil imaginar una teoría sociológica significativa que no la incluya de alguna manera y en alguna medida. Se trata por tanto de examinar las teorías atendiendo específicamente a las operaciones y procedimientos mediante los cuales logra ese efecto de “salto adelante”. Más que las de los ejes anteriores, estas operaciones no pueden por definición reducirse de antemano; además implican elementos de los otros ejes -la innovación puede consistir por ejemplo en colocarse

simultánea y coherentemente en los distintos niveles de abstracción del eje 1, o en la presencia de códigos escriturales extraños y novedosos. Inicialmente, y de manera más tentativa aquí que en los ejes anteriores, pensamos en indicadores como: (a) el modo en que cada teoría define el campo en el que se inscribe: el marco de referencia de autores, perspectivas, problemas y discusiones respecto de los cuales se propone como un avance, una continuidad, una ruptura, etcétera (puede pensarse por ejemplo en lo que el efecto-novedad de la teoría del riesgo de Ulrich Beck debe a su ruptura declarada con las suposiciones fundamentales de la sociología clásica); (b) las lógicas, modalidades y mecanismos de combinación de elementos teóricos previos (piénsese en estrategias en este punto tan dispares como la modalidad aditiva y combinatoria de la “teoría de la estructuración”, y la modalidad táctica y cambiante según los contextos de Manuel Castells); (c) las formas de asimilación/apropiación de ideas, conceptos o elementos teóricos precedentes: asunciones parciales, reelaboraciones, etcétera (de nuevo puede recordarse el relato de Bourdieu acerca del modo en que “descubrió” la insuficiencia del concepto etnológico de “regla” y la iluminación de la idea de “sentido práctico” como alternativa); (d) los momentos que pueden describirse como de invención conceptual: aquellos puntos de la obra en que emergen conceptos o categorías nuevas, los argumentos y razonamientos que la respaldan, los modos de explicitación de los antecedentes, etcétera.

Obviamente que el estado de desarrollo de este esquema de análisis es todavía muy provisorio. Obviamente también que en muchos aspectos se superponen, o tienen relaciones que no están del todo definidas. Creemos que el uso del instrumento es lo que permitirá depurarlo, ampliarlo y precisarlo, y que ello será más y mejor logrado en la medida en que sean más los autores y tradiciones que lo enriquezcan. Al mismo tiempo somos conscientes de que cada uno de estos ejes abre espacios específicamente teóricos de interlocución de los que gradualmente debemos hacernos cargo (los aspectos estrictamente epistemológicos en el eje 4, o los retóricos y lingüísticos en el 6). A nuestro juicio, y no obstante su carácter provisorio, es superador, al menos por su voluntad de precisión y amplitud, respecto de los antecedentes que mencionamos.

Concluimos retomando lo dicho al comienzo sobre la triple utilidad del análisis que permite el esquema. La primera es que hace posible reconstruir el pasado teórico desde una perspectiva sistemática y no habitual, capaz de iluminar aspectos de los autores que no son en general apreciados, haciéndolo con un control formal que trasciende el simple arte hermenéutico del lector. La segunda utilidad, que nos interesa subrayar especialmente ahora,

se refiere a la construcción de nueva teoría. Suena seguramente un poco desproporcionado o fuera de lugar, pues es desproporcionado y fuera de lugar en general la pretensión de “construir teoría”, por varias razones que no vienen al caso aquí. El supuesto que alienta nuestra propuesta es que la construcción de teoría es una tarea no sólo necesaria sino posible, que no tiene por qué quedar confinada al horizonte habitual de los grandes autores o pensadores, que no tiene tampoco por qué confinarse a la idea de una producción individual (la obra del gran pensador), y que un análisis como el que proponemos, aunque se centre en obras y autores, tiene el saludable efecto de desmitificar la tarea al mismo tiempo que orientarla. Por último, dijimos que nuestra propuesta tiene implicancias pedagógicas. En la medida en que alcancemos esta otra visión de las teorías que enseñamos, una visión que permite apreciar por ejemplo modalidades de escritura y de argumentación, tipos de conceptos, relaciones diferentes con la temporalidad, etcétera, es realmente amplio el espacio de experimentación pedagógica que se abre, para desacralizar, para tomar nota de estrategias no explícitas, para comprender los diferentes estilos de elaboración, para comparar.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alexander, J. (1982). *Theoretical Logic in Sociology*, Vol. 1, California, University of California Press
- Alexander, J. (1988). “El nuevo movimiento teórico”, *Estudios Sociológicos*, IV, nº 17.
- Alexander, J. (1992). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*, Barcelona, Gedisa.
- Nisbet, R. (1996). *La formación del pensamiento sociológico*, 2 Vol., Buenos Aires, Amorrortu.
- Ritzer, G. (1990). “Methatheorizing in sociology”, *Sociological Forum*, Vol.5, no.1.
- Ritzer, G. (2001). *Explorations in social theory. From metatheorizing to rationalization*. California, Sage Publications.
- Vasilachis de Gialdino, I. (1997). “El pensamiento de Habermas a la luz de una metodología propuesta de acceso a la teoría”, *Estudios Sociológicos*, XV: 43.